

EL P. AROLAS

LOS AMORES DE SEMÍRAMIS

I

Ara tiene los miembros gigantes
De aquel Haig de hermosa cabellera,
Jefe de tribu errante en la ribera
De Araxes cristalino,
Que codicioso de halagar las flores,
Como fría y sonora catarata,
De una cóncava gruta se desata
Con cauce serpentino.

Ara desciende de la altiva raza
Que al ver lucir la matinal estrella
Quiso alzar torre, y escalar con ella
El claro firmamento;
Pero de sus recónditas prisiones
Libres los euros de Jehová volaron,
Y como leve arista derribaron
El frágil monumento.

Larga es la cabellera del mancebo
Sobre la hermosa espalda desprendida,

Y más larga la cuerda retorcida
Del arco fuerte y duro;
Silban sus flechas con airado vuelo,
Y taladran, si cumple su amenaza,
Con punta triangular una coraza
Del temple más seguro.

¿Qué diré de su rostro? A sus deidades
Las madres de Arakad incienso dieron
Cuando para sus hijas les pidieron
Ojos como los de Ara;
Niñas de seis Abriles entonaron
Con argentino coro el sacro ruego
Junto al altar del misterioso fuego,
Que dió una luz más clara.

Al río, en Erivan, entre las ovas,
Tributarias le son cuarenta fuentes,
Y cuarenta doncellas inocentes
Lloran en desconsuelo
Prendadas del caudillo más hermoso;
Sus lágrimas imitan al rocío
Si sobre flor azul, trémulo y frío,
Tomó el color del cielo.

¿Al tártaro corcel, de qué le sirve
La indomable inquietud, que se parece
Al delirio de amor, si nace y crece
Con duras privaciones?
¿Ser de raza escogida? ¿Ser de fuego?
¿Igualar en su curso al leve viento?
¿Dejar atrás del mismo pensamiento
Las vagas emociones?

Aunque jamás sintiera el acicate,
Tras largo curso de su espuma lleno,

Dirigido por Ara, cede al freno
Sin montaraz locura;
Mejor jinete no cruzó el desierto,
Ni fué detrás del ciervo fugitivo
Por las quebradas de Ararat altivo,
Do eterna nieve dura.

Su lanza, por su peso ponderoso,
Con un surco tenaz se lunde en la arena,
Su punta es lengua de cerasta, llena
De funeral veneno.
Ninguno de otra tribu de guerreros,
Con arma igual en belicoso campo
Pudo mirar su fulminante lampo
Con ademán sereno.

¿Dó al Príncipe de Armenia encontraremos?
Heredó de su padre la osadía;
Subió al trono de hermosa pedrería
Con cetro soberano,
Cuando al sueño profundo de la muerte,
Que jamás hermocean las visiones
Del dulce amor, en ricos almohadones
Cedió el feliz anciano.

Llevó el padre á la tumba los recuerdos
De bélicos laureles y victorias;
Buscaremos al hijo entre las glorias
De súbita pélea,
Do se tiñe entre miembros palpitantes,
Que dividió una vez cortante acero
Lívido casco de corcel ligero
Con sangre que aún humea.

II

De Ninive en los mágicos pensiles
No suenan ya las arpas cual solían,
Cuando en pos del crepúsculo venían
Las horas del encanto;
Languidecen en largos arriates,
Faltas de humor vivífico las flores,
Y enferma está Semiramis de amores
Con dolorido llanto.

¿Penada y sin solaz por qué suspira
Al sacar sus doncellas arcas de oro
Que contienen balsámico tesoro
De aromas abundantes?
Todas temen hablarla; la más pura
Virgen de Asiria se estremece y llora
Cuando ciñe á su pálida señora
De perlas y diamantes.

A la esposa de Nino encantadora,
Contestaron los régios mensajeros:
«Ara sigue á los gamos más ligeros
Con nítidos arpones;
Su corazón es duro como el pico
Que afila el voraz cuervo en una peña;
Vuestro trono, beldad, amor desdeña,
Y lágrimas y dones.»

El desprecio es ponzoña viperina,
Aspid que vuelve, con calor del seno,
De su frío sopor, y da un veneno
De muerte y cruda pena.

Prontos están los rechinantes carros,
Los corceles de guerra y duras lanzas;
Llegó el día fatal de las venganzas;
Semíramis lo ordena.

El descendiente de Thorgom, altivo,
Que no cedió al amor, ni al blando ruego,
Oye el bélico grito y toma luego
Su casco y su coraza:
Las dos huestes ocupan la llanura;
Si el león de la Libia ruge fiero,
Es suelto el pardo de mirar severo,
Y ruge y despedaza.

¡Son dos torrentes que acreció la nieve,
Que chocan entre sí, hierven, se agitan,
Y entre peñascos duros precipitan
Raudal más turbulento?
Confúndense las armas y adalides;
Ara rompe, atropella, hiere, avanza,
Y describe la punta de su lanza
Un círculo sangriento.

¡Infeliz! ¡El espíritu del llanto
Alas prestó á la flecha envenenada
Que del robusto nervio desatada,
Surtió del arco asirio!
En su pecho con impetu se esconde,
Y hace salir con sangre de las venas
El último sollozo de las penas
Tras rápido martirio.

¿Dónde descansará el jefe esforzado?
¿Coronarán el túmulo del muerto
Tres piedras amarillas del desierto,
Sin pompa duradera?

Semíramis le amó, sufrió desdenes,
Quiso estrechar con él los dulces lazos,
Triste le abrió los amorosos brazos
Por tumba lastimera.

Ella gime sin fin; sus magos llama,
Roba negados besos, y suspira,
Recorre á los encantos, y delira
Con súbitos furores.
Dice en su frenesí: «Ya las deidades
Propicias á mis votos se han mostrado;
Ara vive, su herida se ha cerrado;
Gocemos los amores.»

CANCIÓN DE ALÍ

¡Quién fuera, sultana linda,
Aquel árbol tan sombrío
Que cubre tu baño frío
Con sus ramas!
¡Di si quieres que lo sea,
Que aunque es imposible cosa,
Me basta saber, hermosa,
Cuánto me amas!
¡Quién como glorioso Emir,
Perla rica de Estambul,
Navegase el mar azul
A tu lado;
Señor de una nave llena
De sedas y pedrería,
En tu seno al fin del día
Reclinado!

¡Al són de su leve canto
Con un paso firme y cierto
Quien guiase en el desierto
Tu camella!

Dejase la caravana
De sus amigos mejores,
Por hablar sólo de amores
Con tal bella!

¡Quién tuviera para tí
Minas de diamante duro,
Zafiros de color puro
Celestial,
Pielés de manchado tigre,
Mil ciudades, mil honores
Y mil negros pescadores
De coral!

¡De Delhi las maravillas,
De los reyes el tesoro,
Tripodes de nácar y oro
Rutilantes,
Con las frutas que se crían
De Damasco en los confines,
Y purpúreos palanquines,
Y elefantes!

¡Quién marchara á los combates,
Gloria de la primavera,
Con un beso que le diera
Tu beldad!
De las cortas azagayas
A los tiros agarenos,
Murieran los nazarenos
Sin piedad.

Fugitivo por las sirtes,
Buscando de airados mares
Entre bruma de pesares
Largo giro.

¡Quién tuviera en favor suyo,
En medio del onda inquieta,
Como suplica al Profeta,
Tu suspiro!

¡Quién en lóbrega mazmorra,
Reina de las azucenas,
Al són de duras cadenas
Del dolor,
Pudiera cantar tu nombre,
Sin tener más luz ni gloria
Que la plácida memoria
De tu amor!

¡Quién fuera, sultana linda,
Aquel árbol tan sombrío
Que cubre tu baño frío
Con sus ramas...!
Dí si quieres que lo sea,
Que aunque es imposible cosa
Me basta saber, hermosa,
Cuánto me amas!

LA ODALISCA

¡De qué sirve á mi belleza
La riqueza,
Pompa, honor y majestad,
Si en poder de adusto moro

Gimo y lloro
Por la dulce libertad?
Luenga barba y torpe ceño
Tiene el dueño,
Que con oro me compró;
Y al ver la fatal gumía
Que ceñía,
De sus besos temblé yo.
¡Oh, bien hayan los cristianos
Más humanos,
Que veneran una cruz,
Y dan á sus nazarenas
Por cadenas,
Auras libres, clara luz!
Ellas al festín de amores
Llevan flores,
Sin velo se dejan ver,
Y en cálices cristalinos
Beben vinos,
Que aconsejan el placer.
Tienen zambras con orquestas,
Y á sus fiestas
Ricas en adornos van,
Con el seno delicado
Mal guardado
De los ojos del galán.
Más valiera ser cristiana
Que sultana
Con pena en el corazón,
Con un eunuco atezado
Siempre al lado,
Como negra maldición.

Dime, mar, que me aseguras
Brisas puras,
Perlas y coral también,
Si hay linfa en tu extensión larga
Más amarga
Que mi lloro en el harén.
Dime, selva, si una esposa
Cariñosa
Tiene el dulce ruseñor,
¿Por qué para sus placeres
Cien mujeres
Tiene y guarda mi señor?
Decid, libres mariposas,
Que entre rosas
Vagáis al amanecer,
¿Por qué bajo llave dura,
Sin ventura,
Gime esclava la mujer?
Dime, flor, siempre besada,
Y halagada
Del céfiro encantador,
¿Por qué he de pasar un día
De agonía,
Sin un beso del amor?
Yo era niña, y á mis solas
En las olas
Mis delicias encontré;
De la espuma que avanzaba
Retiraba
Con temor nevado pie.
Del mar el sordo murmullo
Fué mi arrullo,

Y el áura me adormeció:
¡Triste la que duerme y sueña
Sobre peña
¡Qué la espuma salpicó!
De la playa que cercaron,
Me robaron
Los piratas de la mar:
¡Ay de la que en dura peña
Duerme y sueña
Si es cautiva al despertar!
Crudos son con las mujeres
Esos seres
Que adoran el interés,
Y, tendidos sobre un leño,
Toman sueño
Con abismos á sus pies.
Conducida en su galera
Prisionera,
Fuí cruzando el mar azul;
Mucho lloré; sordos fueron,
Me vendieron
Al sultan en Estambul.
El me llamó hurí de aroma
Que Mahoma
Destinaba á su verjel;
De Alá gloria y alegría,
Luz del día,
Paloma constante y fiel.
Ví en un murallado suelo,
Como un cielo
De hermosuras de jazmín:
Cubiertas de ricas sedas,

Auras ledas
Disfrutaban del jardín.
Unas padecían celos,
y desvelos;
Lograban otras favor;
Quien por un desdén gemía,
Quien vivía
Sin un goce del amor.
Mil esclavas me sirvieron,
Y pusieron
Rico alfareme en mi sién;
Pero yo siempre lloraba
Y exclamaba
Con voz triste en el harén:
¿De qué sirve á mi belleza
La riqueza,
Pompa, honor y majestad,
Si en poder de adusto moro,
Gimo y lloro
Mi perdida libertad?

SE MÁS FELIZ QUE YO

Sobre pupila azul, con sueño leve,
Tu párpado cayendo amortecido,
Se parece á la pura y blanca nieve
Que sobre las violetas reposó:
Yo el sueño del placer nunca he dormido:
Sé más feliz que yo.
Se asemeja tu voz en la plegaria
Al canto del zorzal de indiano suelo

Que sobre la pagoda solitaria
Los himnos de la tarde suspiró:
Yo sólo esta oración dirijo al cielo:
 Sé más feliz que yo.

Es tu aliento la esencia más fragante
De los lirios del Arno caudaloso
Que brotan sobre un junco vacilante
Cuando el céfiro blando los meció:
Yo no gozo su aroma delicioso:
 Sé más feliz que yo.

El amor, que es espíritu de fuego,
Que de callada noche se aconseja,
Y se nutre con lágrimas y ruego,
En tus purpúreos labios se escondió:
Él te guarde el placer y á mí la queja:
 Sé más feliz que yo.

Bella es tu juventud en sus albores
Como un campo de rosas del Oriente;
Al ángel del recuerdo pedí flores
Para adornar tu sien, y me las dió;
Yo decía al ponerlas en tu frente:
 Sé más feliz que yo.

Tu mirada vivaz es de paloma;
Como la adormidera del desierto,
Causas dulce embriaguez, huri de aroma
Que el cielo de topacio abandonó:
Mi suerte es dura, mi destino incierto:
 Sé más feliz que yo.

DON PABLO PIFERRER

CANCIÓN DE LA PRIMAVERA

Ya vuelve la primavera:
Suene la gaita,—ruede la danza:
 Tiende sobre la pradera
El verde manto—de la esperanza.
 Sopla caliente la brisa:
Suene la gaita,—ruede la danza:
 Las nubes pasan aprisa,
Y el azur muestran—de la esperanza.
 La flor ríe en su capullo:
Suene la gaita,—ruede la danza:
 Canta el agua en su murmullo
El poder santo—de la esperanza.
 ¿La oís que en los aires trina?
Suene la gaita,—ruede la danza:
 —«Abrid á la golondrina,
Que vuelve en alas—de la esperanza.»—
 Niña, la niña modesta:
Suene la gaita,—ruede la danza:
 El mayo trae tu fiesta
Que el logro trae—de tu esperanza.

Cubre la tierra el amor:
Suene la gaita,—ruede la danza:
El perfume engendrador
Al seno sube,—de la esperanza.
Todo zumba y reverdece:
Suene la gaita,—ruede la danza:
Cuanto el són y el verdor crece,
Tanto más crece—toda esperanza.
Sonido, aroma y color
(Suene la gaita,—ruede la danza)
Únense en himnos de amor,
Que engendra el himno—de la esperanza
Morirá la primavera:
Suene la gaita,—ruede la danza:
Mas cada año en la pradera
Tornará el manto—de la esperanza.
La inocencia de la vida
(Calle la gaita,—pare la danza)
No torna una vez perdida:
¡Perdí la mía!—¡ay mi esperanza!

EL ERMITAÑO DE MONSERRAT

Allá en Monserrat—mora el ermitaño.
¿Sabéis por qué mora del convento al pie?
Con áspera vida—un año y otro año
Orando ha llorado:—bien sabréis por qué,
Por qué con tal vida vive el ermitaño.
El buen caballero partió de su tierra;
Allende los mares la gloria buscó:
Los años volaban, se acabó la guerra;

Y allende los mares hasta él voló,
voló un triste viento de su dulce tierra.
—«Aprisa, mis pajes, aprisa el caballo:
»Señora del alma, mi amor, ¿qué es de tí?
»En bascas de muerte conmigo batallo:
»Ó infiel ó difunta: ¿qué de ello? ¡ay de mí!»
Y ¡ay de mí! diciendo aguija el caballo.
Los mares cruzaba: llegaba á su suelo:
—«Madre, madre mía; mi amada ¿dó está?»
«¡Ay hijo, él mi hijo!—consuélete el cielo,—
»Viva está tu amada; mas ya no será,
»Ya no será tuya mientras esté en el suelo.»
De Santa Cecilia llamaba á la puerta;
Los golpes doblando redobla el furor:
—«Señora ¿no me oyes? más te quiero muerta
»Que infiel y perjura al antiguo amor,
»Al amor que agora profana esa puerta.»
Flotante el cabello, ceñida de flores,
La ve tras la reja; ¿qué voz le llamó?
—«Mis lágrimas mira, por nuestros amores
»Aquí vesme: un voto mi amor pronunció,
»Pronunció que pronto secará estas flores.
»Voté, si tornases á la patria tierra
»Salvo de las lides, consagrarme á Dios:
»Tornabas con gloria de lejana guerra;
»¡Feliz fué mi voto! ¡mi voto á los dos,
»Á los dos separa por siempre en la tierra!
»¿Oyes las campanas? llegada es la hora:
»El Señor me llama al pie del altar:
»Nuestro amor olvida, aunque el alma llora;
»¡Dios que te ha salvado quiera conhortar,
»Conhortar tu angustia en esa triste hora!»

Suspiros amargos lanzando del pecho,
Los brazos caídos, la frente inclinó;
Eseuchó su voto en llanto deshecho:
—Sonó dentro el coro; mudo se postró,
Se postró las manos cruzando en el pecho.

Lloró, lloró el triste: su vida llorando
Vivió solitario del convento al pie:
Pasó un año y otro: en llanto y orando
Le encontró otro año:—ya sabéis por qué,
Por qué así ha vivido en rezo y orando.

Ora en Monserrat doblan las campanas:
Débil en la ermita una oigo tañer;
En Santa Cecilia otras más cercanas:
¿Por qué éstas á aquélla se oyen responder,
Responder doblando tan tristes campanas?

ALINA Y EL GENIO

Dos flores hay en el prado
Ambas bellas en color,
Ambas regadas de una agua
Y solo vistas del sol.

Del cielo un aura levisima
Fresca sonando bajó:
De la una flor nace Alina,
Un Genio de la otra flor.

Su forma ocultando el Genio
Toma forma de un garzón,
Si visible para Alina
A los demás hombres no.
—«Grande es tu belleza, Alina:

«La de tu ánimo, mayor;
«Belleza de cuerpo y alma
«Del Destino es raro don.
«Entra en el mundo; tu senda
«Recorre de esta arpa al són;
«Entra y la morada alcanza
«Que el Destino te asignó—.»
Ella temerosa y niña;
Alado el Genio y veloz:
—«¿Quién me guiará?» Ella exclama,
Y el Genio le dice:—«Yo!»

A la puerta de un castillo
Alina el laúd templó,
El primer són que ella suena
Es un sonido de amor.
—«¿Quién es esta, los mis guardas?
«Va preguntando el Barón:
«Gentil y apuesto es su cuerpo
«Mucho es donosa por Dios.
«¡Ay niña, la gentil niña,
«La de la süave voz,
«Tuyo sea mi castillo,
«Sé dueña de su señor!
Alza los ojos Alina
Y al Genio le preguntó:
—«¿Moraré en este castillo?»
Y el Genio responde:—«No!
«Otro dueño dió el Destino,
«Alina, á tu corazón:
«Sigue mi vuelo, ó mi hermana,
«Ven tras mí, tu guia soy.»
El laúd templa de nuevo,

En la villa entran los dos;
En las calles por do pasan
No caben las gentes, no.

A la puerta están los hombres,
Las damas en el balcón:
Ellas sonrien de envidia,
Ellos sonrien de amor.

Nobles y burgueses gritan:

—«¿De dó la niña salió?

Bienhadada nuestra villa,
Si viene á morar con nos!»

Alina el trovar suspende:

—«Todo un pueblo con amor

«Me desea. ¿Seré suya?—»

Y el Genio le dice: —«No!—

«Ame del pueblo el aplauso,

«Alina, tu corazón;

«Dióte otro dueño el Destino,

«Sigueme, tu guía soy.—

Tañe el laúd, y á las auras

Alegre suelta la voz:

Por las gradas del palacio

Ya van subiendo los dos.

Al són primero del arpa

Se estremece el artesón

De la techumbre: al segundo,

El señor Rey despertó.

—«Mis pajes, los fieles pajes,

«¿Cuya era la dulce voz—?

—«Ya la gentil trovadora

«Acá se llega, señor.—

—«Oh mi gentil trovadora,

«¿Por qué tu tañer cesó?

«Al són de tu dulce trova

«Quiero adormirme de amor.

«Sobre el tu cabello de oro

«Mi corona pondré yo:

«Soy señor de cien provincias;

«Sé reina de su señor!—

Alina los ojos alza

Y al Genio le preguntó:

—«¿Aceptaré la corona?—

Y el Genio le dice: «No.

—«No la corona de reina

«Ha de ser tu galardón:

«Otra ceñirá tus sienes...

«Sigueme, tu guía soy.—

Cruzan valles, cruzan montes,

Un año y otro pasó:

Al cabo de los tres años

Divisan un torreón.

Fuertes murallas lo ciñen;

Las almenas dan temor,

Y llena sus hondos fosos

Un torrente bramador.

Siete veces lo rodean;

No encuentran la puerta, no:

Jamás puente levadizo

Sobre el torrente cruzó.

—«Toca el arpa!—dice el Genio;

Y al sonar el primer són,

Sécase en los hondos fosos

El torrente bramador.

Al segundo són del arpa

Un muro se desgajó:
—«Entra hermana,—dice el Genio:
«Sigueme, tu guía soy.—»
—«Oscura es la senda, hermano.—
—«Toca el arpa!—Al tercer són
Estalla de luz blanquisima
Misterioso resplandor.
Las columnas, las paredes
Resplandecen como el sol:
Todo es lumbre, todo diáfano,
Las riquezas dan temor.
Solo al fondo hay una puerta;
Dentro la puerta ¡qué horror!
Vagan pálidos espectros...
Sombras del «pasado» son.
—«Feliz, feliz, ó mi hermano,
«El dueño de esta mansión!—
—«Feliz, feliz tú, ó mi Alina,
Porque su dueño soy yo!
—¡Quién eres pues?—¡Toca el arpa!—
Y del arpa al cuento són,
Recobra su forma el Genio,
Y el garzón desapareció.
—«¿Quién eres? sobre tu frente
«Brilla un místico fulgor,
«Y la lumbre de tus ojos
«Abrasa...—Tu Genio soy!
«Al nacer de las dos flores
«El destino nos unió:
«Yo soy toda tu belleza;
«Tu esencia, tu dicha soy.
«Esta llama de mi frente

«Ha de ser tu galardón;
«De hoy más descansa en mis brazos;
«A mi el Destino te dió.—»
—«Oh Genio! tristes espectros
«Vagar veo entre el horror
«De aquella puerta...—«No temas,
«Sombras del «pasado» son.
«Mi luz disipa las sombras,
«Los finados á mi voz
«Resucitan: no hay «pasado»
«Para mí; tu Genio soy!—
—«Oh Genio, mi dulce Genio!
«Cuan dulces tus lazos son!
«Duérmame siempre en tus brazos,
«Duérmame en ellos de amor.
«Guarde su aplauso la villa,
«Sus castillos el Barón,
«Y su corona el monarca
«De cien provincias señor;
«Que vale más tu morada,
«De tu frente el resplandor;
«Pues mi belleza es mi Genio,
«¡Oh mi Genio! tuya soy!»

DON JUAN FRANCISCO CARBÓ

GUILLEM Y ROSA-FLORIDA

Esparciendo luz y aroma
La mañana se avecina;
El bosque en blando murmullo
A su llegada suspira.
Al umbral Guillem se asoma
De su morada tranquila.
Montes altos, claros ríos,
Esperanzas de mi vida.

El río Mora que ciñe
La sierra en plateada cinta,
Y Roca-fort asentada
Sobre la airosa colina,
A lo lejos, entre gasas
De flotante niebla, mira.

Como vé el lugar y el río
Su semblante el gozo anima,
Se pone el traje de fiesta
Y á salir Guillem se aprisa.
Las manos besa á su madre
A quien él muy bien quería.

—Yo me voy á Roca-fort,
De la fiesta hoy es el día.
—Dete Dios, mi hijo Guillem,
Dete buena torna-ida.
Guillem toma la vereda
Que lleva á Santa María.

Ya las riberas del río
Afanado Guillem pisa,
Y escucha de las campanas
Sonar las voces festivas.
El puente de Vilomara
Muy cercano ya divisa.

Pasó el puente: de ese río
Atrás deja las orillas
Y penetra en Roca-fort
Que de alegre gente hervía.
Oyó la misa mayor
En la iglesia de la villa.

Ya se salen las doncellas
Como se acaba la misa:
A los bailes de la plaza
Alborozadas corrian.

Mucho lucen los encajes
De sus blancas mantellinas.
Todas ellas son airosas,
Todas van muy bien guarnidas,
Mas ninguna en gentileza
Iguala á Rosa-florida.
Desque llega, ya Guillem
Una danza le pedía.

Trae su negra cabellera
Sencillamente prendida;

Su ligero talle ciñe
Un jubón de lana fina.
Todo se turba Guillem
Cuando habla á Rosa-florida.

—¿Cuándo á ver yo volveré
La gentil Rosa-florida?

Ella bajaba los ojos:
La color se le subía.

—La mañana de San Juan
Andaré por la campiña.—
Montes altos, claros ríos,
Esperanzas de mi vida.

Repasa el puente: del río
Por la ribera camina:
Mas ya no como al salir
Su semblante el gozo anima,
Cuando regresa Guillem
A su morada tranquila.

—¿Qué tienes, hijo, que tienes,
Mi Guillem, di que te atrista?

—¿Por qué busca Roca-fort
Tu mirada distraida?

—Madre, mi madre, la noche
De San Juan te lo diría.

La mañana de San Juan
Apenas era venida,
Aun chispean por los cerros
Los fuegos de la vigilia:
Por la puente, las doncellas
De Roca-fort ya salían.

En busca de su ventura
Gozosas salen las niñas,

En tiernas ansias, con ellas
Se viene Rosa-florida.

Bien la vé llegar Guillem
Que al encuentro le corria.

—¿Por qué le das á mi alma
El consuelo y la alegría?
Con mano incierta una flor,
Una flor ya le ofrecía.

—Para tí yo la guardaba
La rosada clavellina.

—¿Por qué retorna á mi pecho
La calma con tu venida?
De las flores que llevaba
Una viola ella escogía:

—Para tí la separé
Del robledo en que crecía.—

Adiós: tu ventura sea
La rosada clavellina:
Al puente de Vilomara
Por las fiestas yo vendría.

—Adiós, Guillem; por las fiestas
Como se acabe la misa.—

¡Ay! puente de Vilomara
Que á tus pies el río miras!
¡Cuántas veces no escuchaste
Su amorosa despedida
A la hora en que la tarde
Te baña de rojas tintas!

La rosa de Roca-fort
No bajó á la puente un día,
Ni el otro día, á la puente
Bajaba Rosa-florida.

Guillem siente el corazón
Que con fuerza le latía.

Tembloroso ya se entraba,
Se entraba en Santa María;
¡Ay! despiden sonos tristes
Las campanas de la villa.

—¿Dónde está mi bien amada,
Dónde está Rosa-florida?

Entre muchas, seis doncellas
Unas andas conducían;
Tocadas de paños negros
Las doncellas todas iban.

—¿Por qué lloran vuestros ojos,
Dónde está Rosa-florida?

Rosa-florida está allí,
Allí en las andas tendida;
En la una mano un rosario
Con medallas de María:
La otra aprieta contra el pecho
Una mustia clavellina.

Guillem se queda azorado,
Ni una lágrima vertía;
Un quejido lento, ahogado
Del pecho suyo salía.
Cayó aplomado, y el suelo
Retembló con su caída.

Siempre al lado de su madre
Que llora á lágrima viva
Al puente viene Guillem
Otras fiestas todavía:
Su convulsa mano estrecha
Una violeta amarilla.

Llegaba: la mustia flor
Amoroso él acaricia
Y en acentos plañideros
Llamaba á Rosa-florida,
Y mirando luego al cielo
Fallecer siente su vida.

Aun se sienta Roca-fort
Sobre la airosa colina
Y el Mora á los pies del puente
Mansamente se desliza:
Mas ¡ay! que á llamar no viene
Guillem á Rosa-florida.

Montes altos, claros ríos,
Esperanzas de mi vida.